

Los Heraldos Negros

REVISTA DE CREACIÓN LITERARIA Y ANÁLISIS POLÍTICO

PUBLICACIÓN DIGITAL MENSUAL

AÑO 1, NÚM. 13

JUNIO 2015

Este mes: LAS ELECCIONES, MÉXICO
Y LA DEMOCRACIA



DIRECTORIO

COMITÉ EDITORIAL

Gerardo Santos Rayo

Erika Martínez Macedo

Angélica Montiel Flores

DISEÑO EDITORIAL

Gerardo Santos Rayo

REDACCIÓN

Erika Martínez Macedo

Julio César Pacheco González

FOTOGRAFÍAS

Krisha Illescas Bernal

ILUSTRACIONES E ÍNDICE

Héctor Mateo García

COLABORADORES

Erika Martínez Macedo • Héctor Mateo García • Gerardo

Santos Rayo • David Fuente • Izar Iraultza • Jorge Meneses •

Teresa Araceli Huerta Ortega • José Alberto García Lozano •

Ilargi Zweig • Belen Corona M. • Laura Bustamante • Daniel

Rivera • Krisha Illescas Bernal •

ÍNDICE

Editorial

4

¿Democracia en México?

Por Erika Martínez Macedo

6

No es lupus ¿Votar, anular o no ir a las casillas?

Por Héctor Mateo García

9

La otra democracia en México

Por Gerardo Santos Rayo

13

"El espejo del arte", de Pablo Jato: una limitada crítica al mercado

Por David Fuente

16

La noche

Por Izar Iraultza

23

Minificciones

Por Jorge Meneses

24

Golpes de la vida

Por Teresa Araceli Huerta Ortega

25

Conocimiento

Por José Alberto García Lozano

29

La pluma y el papel

Por Ilargi Zweig

33

Roto

Por Raskolnikov

35

Tú en mí

Por Belen Corona M.

37

En el principio

Por Daniel Rivera y Laura Bustamante

38

gobierno

EDITORIAL

Las elecciones, México y la democracia

Si hubiera una nación de dioses,
éstos se gobernarían democráticamente;
pero un gobierno tan perfecto no es
adecuado para los hombres.

Juan Jacobo Rousseau

Desde la aparición de la propiedad privada, el tipo de gobierno más adecuado para la organización de las sociedades humanas ha sido un problema emergente que ha permeado en la historia de los seres humanos. Sin embargo, debido al sistema imperante, hemos decidido dedicar este número a la reflexión de la *Democracia* y, particularmente, abordar el caso mexicano.

Han pasado 50 años de la publicación de *La Democracia en México*¹, desde entonces no pocas obras y artículos se han escrito sobre el tema. No obstante, el reto continúa siendo comprender la forma de gobierno sui generis que se ejerce en el país y, sobre todo, cambiarlo.

Aunque un tipo de democracia ya era practicada entre ciertas sociedades griegas, como la ateniense, no es sino hasta finales del siglo XVIII cuando el sistema democrático tomó auge en el mundo occidental. Lo cual se genera como una consecuencia de la caída del Antiguo Régimen, es decir, el proceso de desestructuración de las monarquías europeas debido, entre otros factores, al liberalismo en ascenso.

Es en este momento en que se sentaron las bases de la forma de gobierno que se practica con mayor difusión. Es preciso diferenciar el liberalismo de la democracia. Desde una caracterización esquemática y breve, es posible decir que el liberalismo es una teoría política y sistema económico que pugna por depositar el poder ya no en una sola persona: el rey, o en un grupo reducido, como la nobleza y el clero, sino en instaurar instituciones

1 Pablo González Casanova, *La Democracia en México*, México, Ediciones Era, 1965. (Serie popular Era, 4).

con facultades diferentes: tener un poder ejecutivo (presidente, ministro), un legislativo (Congreso, Parlamento) y un poder que se encargará de impartir justicia. En cuanto al ámbito económico se refiere a la pugna por una circulación de mercancías con menores restricciones y mayores alcances. Mientras que la democracia es una manera de elegir a aquellas personas que quedarán investidas de los distintos poderes, en el caso de México, el ejecutivo y legislativo.²

No debemos perder de vista esta relación, aunque hoy ya no se suele hacer una diferenciación entre ambos conceptos. De hecho, la democracia se ha embestido de características propias que es posible tomársele como una forma de gobierno y no sólo una vía para elegir gobernantes y/o representantes. Lo que debe recalarse es, que tanto el liberalismo y la democracia, en teoría, buscan evitar las arbitrariedades que se pueden cometer auspiciadas bajo la concentración de poder: la tiranía. Aunque cabe señalar que no han podido resolver aspectos como la inclusión de las minorías o la completa *ciudadanización* de la población, es decir, embeber en una dinámica de participación “responsable” y bien informada a todos los miembros de una sociedad.

En la práctica el asunto se ha tornado diferente, pues la búsqueda de una mayor inclusión de la población se ha prestado a la implementación de mecanismos basados en la corrupción y relaciones de poder poco claras para conservar en los altos mandos al mismo grupo y, en el caso de México, al mismo partido político. Es en este sentido en que pretendemos elaborar una serie de reflexiones en torno a las prácticas electorales y la democracia en el país. Pues los intereses políticos que se definen mediante los procesos electorales no van desligados de las prácticas a nivel económico y social. Sin embargo, hasta qué punto la democracia ha dejado de ser un gobierno que atiende a las mayorías y sus necesidades para convertirse en un discurso que legitima el proceder de un reducido grupo con acceso al poder fáctico. Reflexionar la cuestión puede aportar a la comprensión del descontento social que estamos viviendo en un momento como éste.

“Luchamos para hablar contra el olvido, contra la muerte, por la memoria y por la vida.”

Comité Editorial Revista “Los Heraldos Negros”

2 En el caso concreto de México, se ha pasado desde el uso de elecciones indirectas mayoritariamente en el siglo XIX (a veces hasta en dos niveles y en las cuales, quienes se consideraban ciudadanos -lo que era condicionado por la clase social, ser propietario, contar con un ingreso seguro-, asistían a elegir electores y eran éstos quienes elegían a los diputados y demás puestos a ocupar), hasta el actual sistema electoral que tenemos hoy: cada ciudadano, persona mayor de 18 años registrada en el padrón electoral, puede votar por los candidatos que le parezcan más adecuados para que defiendan sus necesidades y lo represente en la toma de acciones y decisiones en los Congresos (locales o federales).

¿Democracia en México?

Por Erika Martínez Macedo

“Las contiendas electorales que no sirvan al mejoramiento económico y social del pueblo son pura y vil demagogia.”¹

El pasado 7 de junio fue un día con mucha agitación, además de enfrentarse en la cancha del estadio Allianz Parque las selecciones de México y Brasil, en el país buena parte de ciudadanos mexicanos se enfrentaron (una vez más) a su temible realidad política: un proceso electoral que, dependiendo de la entidad, se llevó a cabo a nivel federal y/o local (desde gobernador, como el caso de Nuevo León, Querétaro, Michoacán, Guerrero, Baja California Sur, etc. hasta la elección de diputados federales y jefes delegacionales, como en el caso del Distrito Federal; o ayuntamientos como en Chiapas y Yucatán).

Miles de personas salimos a “elegir” a aquellos candidatos de entre la variedad que postularon los partidos políticos que tenemos en México. Fue un proceso electoral que, probablemente, será rememorado por algunas generaciones y no precisamente porque fueron los primeros comicios que se realizaron bajo los lineamientos de la reforma político-electoral aprobada en febrero del año pasado,² sino por los altos niveles de

“violencia” que presentó en diferentes puntos de la República.³

Previo al día de las elecciones, mucho se dijo y debatió sobre las vías con que contamos los ciudadanos para demostrar nuestro desacuerdo o conformidad con el sistema político mexicano y, particularmente, con sus decisiones. La discusión giró en torno a la disyuntiva de votar o no, u optar por la anulación, misma que se enfrascó en una larga querrela entre intelectuales y *opinólogos* políticos, enumerando las implicaciones de cada una, aunque la mayoría de las propuestas y planteamientos resultaron poco fértiles y alejadas de la realidad del país.

El centro de la cuestión es el paragón que, históricamente, se ha hecho entre un sistema pensado para lugares con condiciones diferentes a las de México, es la importación también de un sistema para ejercer sólo porque así es cómo nos han dicho que es lo correcto.⁴ En palabras de Pablo González Casanova:

siglo XX y los primeros años del XXI es el texto de Irma Méndez de Hoyos, *Transición a la Democracia en México. Competencias partidista y reformas electorales 1977-2003*, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Fontamara, 2006.

3 Los más difundidos por la magnitud de los eventos son los casos de Guerrero y Oaxaca.

4 Pienso, por ejemplo, en el caso de Denise Dresser que aspira a una democracia para México al estilo estadounidense.

1 Napoleón Gómez Urrutia, “La Democracia que México necesita”, en *La Jornada*, 5 de febrero de 2015. En línea: <http://www.jornada.unam.mx/2015/02/05/opinion/016a1pol>

2 Un análisis de las diferentes reformas políticas puestas en marcha durante el último tercio del

[...] hemos tendido a aplicar a nuestra realidad, de un modo automático, las categorías y conceptos europeos que se fundan en la experiencia política de Europa. Parece haber sido más fácil a nuestra mente —en sus circunstancias— forzar el comportamiento de los hechos para que se ajusten a los modelos de los países dominantes, que hallar nuestros modelos.⁵

El problema de la democracia no es ésta en sí, pues fue concebida como uno de los mecanismos para hacerle frente a la acumulación de poder, la cuestión es, que se ha convertido en el viejo discurso legitimador de sistemas poco democráticos y más bien autoritarios:

En la realidad, la estructura del gobierno y las decisiones políticas van por caminos distantes de los modelos ilustrados del siglo XVIII y principios del XIX. No es por intermedio de éstos como se puede entender su funcionamiento real y sus significados más ricos. Los partidos, el sufragio, las elecciones, los “tres poderes”, la “soberanía de los estados federales”, y en general todo el aparato de la democracia tradicional operan en tal forma que las decisiones políticas nada o poco tienen que ver con los modelos teóricos de la “Lucha de partidos que institucionaliza el cambio del poder”, o con el equilibrio y control de unos “poderes” por otros, o con una “federación de Estados libres y soberanos”.⁶

Pensemos, por ejemplo, en las experiencias latinoamericanas de Guatemala, Chile,

Argentina, etc. en las que les fue impuesto un dictador con un gobierno disfrazado de democracia, experiencias aplaudidas y apoyadas por los Estados Unidos, el país de la democracia. Momentos en los que más que la decisión de la mayoría, se siguieron intereses económicos y políticos particulares, especialmente norteamericanos.

Lo que pretendo -que quede claro- es que una democracia no democrática como la que se práctica en este país, y en muchos otros, no puede continuar legitimando al grupo en el poder, ni mucho menos ser respaldada de ninguna manera: ni desde las discusiones entre intelectuales, ni desde seguir, ¿ingenuamente?, repitiendo que nuestro voto hará un cambio real en las caóticas condiciones del país (recordemos que ejercer el voto es sólo una parte del proceso, incluso en algún sistema realmente democrático, pues justo lo que aquí se cuestiona es la puesta en práctica de la democracia y, específicamente, de una acorde con las necesidades de la población).

Hace algunos años un conocido escritor emitió un discurso que levantó mucha polémica y escandalizó a los medios y vida públicos: “La dictadura perfecta no es el comunismo. No es la URSS. No es Fidel Castro. La dictadura perfecta es México [...], es la dictadura camuflada. [...] Tiene las características de la dictadura: la permanencia, no de un hombre, pero sí de un partido. Y de un partido que es inamovible.”⁷

5 Pablo González Casanova, *La Democracia en México*, México, Ediciones Era, 1965, p. 19. (Serie popular Era, 4).

6 *Ibid.*, p. 23.

7 Estas palabras de Mario Vargas Llosa fueron emitidas en el “Encuentro Vuelta: La experiencia de la libertad”, realizado en agosto de 1990. Aunque Vargas Llosa en 2011, de alguna manera,

Tan sólo para ejemplificar con el caso de Vargas Llosa, a pesar de su conocido nexo con el grupo de intelectuales que ha legitimado la permanencia en el poder del PRI, la manera cómo era percibido el sistema democrático del país, una forma especial de ejercerlo que ha venido afinando sus mecanismos de autoconservación.⁸

Mucho podríamos decir sobre las elecciones: el uso del dinero público en las campañas, el tiempo designado a cada partido, lo que en ellas se promueve, algún análisis sobre las bondades y perjuicios del voto nulo, etc. Sin embargo, quiero cerrar con algunas reflexiones, tanto personales como basadas en algunos autores, pero en ambos casos muestra del descontento que impera, sobre el necesario reconocimiento de las practicas ciudadanas que poco tienen que ver con el discurso y la teoría: “miro y vuelvo a ver los signos de una insurgencia verdadera, en Oaxaca, en Guerrero, en

se retractó al decir que “la dictadura de México no era tan perfecta, al final se transformó en una ‘democracia todavía imperfecta’”.

8 Por ejemplo, a diferencia de las cuestionables elecciones del 2006, en las que mucho se dijo sobre el fraude electoral con el que resultó ganador Felipe Calderón en detrimento de Andrés Manuel López Obrador, las elecciones de 2012 no pueden ser tachadas de fraudulentas: el ganador sin duda fue Enrique Peña Nieto. Sin embargo, los mecanismos mediante los cuales logró ganar la presidencia son los cuestionables: el uso de las tarjetas “Monex recompensas SÍ vale” —caso que, hasta la fecha, no ha sido aclarado satisfactoriamente—, y sobre todo la relación de apoyo mutuo con la mayor televisora del país. Es sobre terrenos como éstos en que el *sistema democrático* mexicano se encuentra en duda.

Michoacán. Ése sí es un movimiento que de verdad está acabando con la partidocracia, ahí sí se está promoviendo otra forma de entender la ciudadanía.”⁹

Aunque los medios de comunicación promovieron un discurso de violenta disidencia, mucho, en parte, para justificar las acciones emprendidas por parte de la fuerza pública; guerrerenses, michoacanos y oaxaqueños en un acto desafiante al deber ser, rompieron esquemas y sentaron las bases de nuevas maneras de ejercer el poder con exigencias en bases sociales. Sin duda, las elecciones pasadas no se olvidarán fácilmente.

Para terminar, quiero cerrar con algunas preguntas: ¿Cuál es la naturaleza de la Democracia en este país? ¿es sólo un discurso o una realidad *sui generis* que aspira a ser como no puede ser, condenada por las características de los lugares en los que es aplicada y por la ambición e intereses particulares de quienes dicen llevarla a la práctica? La respuesta de ciertos sectores de la población en las pasadas elecciones, ¿muestra los límites del sistema democrático o está planteando nuevas maneras de ejercer el poder, ahora sí democráticamente pensadas para las necesidades reales del país?

9 Luis Fernando Granados, et. al., “Votar, no votar, para qué votar”, en *El presente del pasado*, 4 de junio de 2015. En línea: <http://elpresentedelpasado.com/2015/06/04/votar-no-votar-para-que-votar/> Consultado el 25 de junio de 2015.

No es lupus ¿Votar, anular o no ir a las casillas?



Por Héctor Mateo García

Jueves 4 de junio de 2015

Mucho se ha dicho sobre las votaciones que se realizarán el siguiente domingo 7 de junio y, para cuando tengan oportunidad de leer esto, la moneda habrá ya caído en cara o cruz sobre el país. Y es que, aunque las elecciones se lleven a cabo en no más de la mitad de los Estados de la República, el resultado de este año comenzará a marcar las primeras posibilidades políticas para el siguiente “hueso que se echará a la jauría” dentro de tres años hacia la presidencia.

Sin embargo hoy, a pesar de marcarse ya el fin de las campañas, algunos de nosotros quedamos hartos de todos los *spots* de televisión, de la basura propagandística en las calles, del cabildeo de los candidatos en nuestras colonias y calles, en fin, de todos los partidos que como siempre no proponen nada y sólo descalifican al otro porque, según, son peor que ellos.

No hace falta abordar en demasía –para este caso- que desde hace mucho ha existido un hartazgo social sobre los partidos políticos y la clase política en general, el cual ha venido en incremento los últimos años aparentemente. Un hartazgo que efectivamente no puede salir del cogote depositando un papel en una caja, puesto que las opciones “legales” de oposición en las elecciones están reducidas a votar

por el “menos peor”, por anular el voto o simplemente no pararse en las respectivas casillas. Y es aquí donde “la puerca no puede ni torcer el rabo.”

A propósito, se han vertido análisis y propuestas de varios intelectuales tratando de conducir las dudas y el inconformismo social a las dos primeras de las tres opciones antes referidas. La justificación, para el caso, radica naturalmente en buscar una opción dentro de las vías existentes que pueda cambiar y responder a las demandas de los ciudadanos.

Teóricamente, la raíz del proceso electoral vigente y respaldado por el Estado mexicano funge ese papel y esa es la base del método para el diagnóstico político que hacen dichos intelectuales. Pareciera un cierto tipo de ingenuidad por su parte, pero lo preocupante es que se han volcado a defender la idea de hacer contrapeso contra los partidos más fuertes votando por “los más débiles” y ¡vaya la barbaridad de tal propuesta!

El argumento de dichos intelectuales se basa en explicar lo ineficaz del voto nulo y el no votar, puesto que para el conteo del porcentaje de votos efectivos correspondiente a cada partido se parte de la exclusión de estas dos elecciones. O sea, que si hay un cincuenta por ciento de votos nulos, éste se descarta y se toma el resto como un cien por

ciento a repartir entre los candidatos.¹

El debate, para fines concretos, concluye en que ni la anulación sirve para ejercer una presión sobre la clase política o el sistema electoral del Estado, ni lo hará la idea llana de no votar. Ya que la responsabilidad y, sobre todo, el derecho político de cada individuo no acaba ni empieza en las urnas, ni siquiera en las instituciones, la pregunta más prudente que podrían hacer estos intelectuales es: ¿Sirve seguir votando en las actuales condiciones?

Votar como castigo por los partidos más débiles, incluso por los candidatos independientes, implica aceptar seguir jugando contra las mafias de los partidos, sus acarreados, los votos comprados, las casillas truqueadas y otras formas de delitos electorales.² La suma de los partidos “chicos” pareciera más bien un remedio a manera de sangrías medievales³ que succionan el erario

1 Se pueden consultar varios ejemplos como el vídeo realizado por Roberto Duque, quien plantea conclusiones con las que no se está de acuerdo en este texto. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=1CUmtkpq0Dc>

2 No dudo que puedan haber candidatos independientes capaces con miras en el cambio social, sin embargo, siguen legitimando un proceso cuestionable.

3 Técnica que consiste en la extracción de sangre para curar dolencias de diversos tipos, mediante la comparación entre sangre “buena” y “mala”. En realidad esta técnica se encuentran en registros médicos todavía hasta finales del siglo XIX, sin embargo, fue frecuente en varias regiones de la Europa medieval e incluso desde la antigüedad. Hoy en día todavía existen técnicas basadas en el uso de sanguijuelas, pero con conocimiento científico y ventajas prácticas de su uso.

público entre otros recursos de su interés político y económico.

Pero sigamos sumando leña con la institución que tiene entre sus manos el control de las elecciones y con un historial amplio de fraudes electorales. ¿En serio se puede “jugar” a las votaciones así? ¿De qué está enfermo, entonces, el sistema electoral? O... ¿No será el sistema electoral una enfermedad más? No me refiero al sistema en sí dentro de la teoría democrática, sino al elaborado por el ahora Instituto Nacional Electoral (actual INE, que antes se denominaba IFE) y la estructura política que lo recrea y sustenta cada “veda electoral”.

Sobre los anteriores análisis y propuestas de solución ante lo que nos enfrentamos no sólo para el siguiente domingo 7 de junio, sino también para después de ese día, podría equiparar este proceso con el diagnóstico médico que hacen los doctores y los tratamientos que recetan para curar al enfermo. Me tomo el espacio para hacer la metáfora con una afición particular de la serie televisiva Dr. House.

Para los que no conocen la referencia, explico: Un grupo de médicos, liderados por el protagonista, trataban en todos los episodios de diagnosticar a los pacientes con los casos más difíciles de cuadros sintomáticos. En más de una ocasión tomaron como opción diagnosticar con lupus (enfermedad crónica, autoinmune y causada por razones científicas aún poco claras), porque concordaba con las evidencias, pero al medicar y no haber una respuesta favorable, debían de investigar más allá de





los síntomas e incluso de la información que daban los mismos pacientes. Al final, nunca era lupus. “¡Todos mienten!”, concluía el protagonista con perfil “sherlokholomiano”.

Con esta breve explicación de la referencia podemos decir que el diagnóstico del sistema electoral hasta el punto de proponer votar por el más débil es errado. Tampoco es lupus ni es algún virus, es algo más vivo, más orgánico, algo así como un cuadro bacteriológico o parasitosis, que cuadran mejor con lo crónico de nuestro padecimiento político-social: sin trabajos bien pagados o estables, sin seguro médico, con narcogobiernos, corrupción en las instituciones del Estado y colusión con empresas privadas.

Así pues, el debate sobre cómo medicar nuestros malestares con base en las tres opciones anteriores frente a los comicios del próximo domingo puede ser eterno, sin un sentido claro, como lo va a seguir siendo dentro de tres, seis, nueve y demás intervalos electorales. El diagnóstico no avanza y nosotros seguiremos enfermos.

Lo más sensato, dentro del mismo juego del Estado mexicano, para algunos académicos especialistas en derecho electoral, sería más bien debatir y plantear sobre cómo darle un peso legítimo al voto nulo.⁴ Aun así, con dicho elemento, no se garantizaría hacer más respetuosos a los partidos políticos del proceso, aunque podría, tal vez, hacer más difícil ganar las elecciones por fraude o compra de votos en

4 En algunos sistemas electorales el “voto en blanco” tiene cierta legitimidad institucional pero igual de debatible que el “voto nulo” en nuestras circunstancias.

ambientes de inconformidad social.

Por sentido común, las personas que con gran razón no creen –o mejor dicho, no creemos- en los partidos políticos y la clase política en general, la elección para el próximo domingo es no legitimarlos, por tanto, las opciones se reducen: o no vamos a las casillas o anulamos. Como de todos modos no servirá ni para hacer cosquillas, el balance mínimo es, reitero, que evidentemente la política no se restringe a las elecciones ni a las instituciones.

En fin, si en lo concreto el hasta hoy histórico sistema electoral mexicano no responde a las necesidades sociales, la cuestión giraría en torno a la posible conformación otro modelo fuera de él. Desde el año 2012, la región michoacana de Cherán puede ser un caso de esa posibilidad, con elecciones basadas en la organización tradicional, es decir, sin partidos políticos. Tiene condiciones específicas y muy diferentes a otras zonas rurales, y no se diga urbanas, como para pensar en ser el modelo a seguir –es una cura tradicional si seguimos con la metáfora-, sin embargo puede serlo en la medida en que se coloquen las cartas sobre la mesa de cada región y cada lugar en que el hartazgo del modelo político y económico genere los medios sociales para intentarlo.

Esto implica profundizar en el análisis y llevarlo a la práctica a pesar de que no sea fácil lograrlo como lo es decirlo. Aún dentro de momentos de crisis, como sucede en el resto de Michoacán, Oaxaca, Guerrero, Baja California, por nombrar los movimientos sociales más presentes, hay diversidad de

intereses que resulta necesario conocer, plantear e involucrarse dentro de ellos, pues tienen el carácter para cuestionar el funcionamiento de nuestras condiciones y nuestras posibilidades. Por ello, no confundamos las verdaderas causas del mal con los síntomas de nuestro padecimiento.



La otra democracia en México



Por Gerardo Rayo

LOS HERALDOS NEGROS

Las pasadas elecciones federales y locales intermedias en México, son en todas sus formas, el reflejo de la situación nacional, de la que no escapan ni los partidos ni las organizaciones sociales. Por un lado, permitieron ver a las fuerzas políticas, tanto oficiales como disidentes, en disputa y en diferentes espacios, por el otro, recordar que esta democracia, de votos y “representantes” es disfuncional y representa la debilidad de sus instituciones y de un sistema en general.

Al respecto, es importante recalcar que las instituciones encargadas de garantizar la legalidad y validez del voto, son también las encargadas de cambiar los resultados. El fraude electoral de 2006 fue posible gracias a la participación del Instituto Federal Electoral, actual INE, y la farsa llamada FEPADE (Fiscalía Especializada para la Atención de Delitos Electorales), sólo ha servido para reafirmar la debilidad de las instituciones electorales, revestidas en la denuncia que nunca se atiende. Si estas instituciones se sostienen, a pesar de ser corruptas e ineficaces en términos ideales de democracia, es porque sirven a una parte de la población, es porque esconden las intenciones de la burguesía nacional y trasnacional bajo el velo del voto, y porque para los intereses de una minoría hacen su trabajo.

Por ello, pese a escuchar discursos y montones de falsas promesas, la gente sigue

yendo a votar, y porque también la gente sabe que el voto ha sido un derecho conquistado por generaciones. Pero, una cosa es defender el voto y otra a los partidos (con todos los matices que cada uno guarda) y su politiquería excluyente.

Las posturas que criminalizan las acciones en contra del voto son incapaces de comprender las particularidades de cada estado, región y la acción política en el tiempo. Así, se critica el boicot a las elecciones en función de una victoria o derrota inmediata, para acusar a quienes desconfían y llaman a impedir elecciones, pues permitieron que ganaran el PRI, PAN o PRD. Pero ellos no ven que alrededor de esa acción se construye una demanda que aglutina a muchos movimientos y organizaciones que de otra forma no se hubieran manifestado conjuntamente.

Ejemplos de lo anterior son las acciones emprendidas por la CNTE (Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación), sobre todo en Oaxaca, de la lucha por la aparición con vida de los estudiantes normalistas en Guerrero, de las autodefensas en Michoacán y de la Organización Política del Pueblo y los Trabajadores en el área metropolitana, entre otros. Todos ellos se manifestaron en contra de las elecciones, porque el gobierno de los diferentes partidos (PRI, PAN, PRD, PVEM) se ha encargado de asediarlos constantemente y eliminarlos de la escena política por cualquier medio. Así, se enfrentaron, y lo siguen haciendo, al gobierno con

demandas muy particulares según sus exigencias, pero también con demandas políticas generales: mejores salarios, alto a las reformas estructurales, seguridad y alto a la violencia y el boicot a las elecciones.

Esas convergencias son muy importantes porque permiten visualizar un punto de encuentro entre todos los afectados en el país durante las últimas décadas. Así, en lugar de ver como un descalabro constante el llamado a impedir las elecciones debe entenderse como una acción que se construye a partir de la coordinación con otros movimientos, organizaciones y opositores a los gobiernos. Y es una construcción a largo plazo que exige mayor participación y trabajo político.

Hace una década era impensable un boicot electoral, pero ahora, momento en el que son arrebatados todos los derechos y la constitución ha dejado de servir, es necesaria esa consigna revestida de una agenda política que incluya la solución a los conflictos urgentes en México. Porque impedir unas elecciones es tomar las decisiones en manos propias, es construir democracia, es hacer democracia. Y no esa farsa legal. Ciertas partes del país en que se han erigido formas de organización propias son, pese a estar rodeados de inseguridad, narcotráfico, y funcionarios que cometen crímenes de estado, múltiples lugares en los que se está intentando construir una democracia para uso local, una genuina democracia, con limitaciones, pero que permite ver horizontes aún no agotados.

Los acontecimientos dan o quitan la razón, así que habrá que ser cuidadosos con los desarrollos y desenlaces de las democracias en México, la oficial y las populares.



Mundo



y otros desastres...

“El espejo del arte”, de Pablo Jato: una limitada crítica al mercado

Por David Fuente

Este breve análisis se realiza con todo el respeto a los intentos de oposición a la ideología dominante, y se sitúa lejos de buscar desalentar este tipo de acciones. Se trata de un análisis que intenta poner a dialogar dos posiciones críticas con el modelo artístico vigente, con la intención de fomentar una reflexión y señalar aspectos constructivos de cara a futuros proyectos. También hay que aclarar que este ensayo se realiza tras haber visualizado sólo una vez el documental, y que podría haber sido mucho más exhaustivo si se hubiese problematizado su contenido segundo a segundo; pero esto aún no es posible, además de que resultaría tedioso para un lector que no estuviera absolutamente interesado en el tema.

El documental de Pablo Jato está formalmente construido a partir de una serie de preguntas, siendo cada una de ellas respondida por varios agentes del campo artístico (principalmente artistas, galeristas, críticos y curadores, tanto de Latinoamérica y EEUU, como de España y otros países de Europa; aunque priman las respuestas en castellano). Algunas de las preguntas son: ¿qué es el arte?; ¿qué es el arte para las galerías?; ¿es importante el arte contemporáneo para la sociedad?; ¿se puede inventar un artista para ganar dinero? También cuestiona a sus entrevistados acerca de la figura del genio,

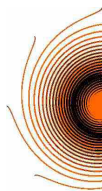
sobre quién decide qué es arte...¹ De modo que, con una sencilla mayéutica socrática –y por qué no decirlo, también a través de unos acusados cortes de las respuestas dadas²- se va haciendo evidente una lectura sobre la relación entre arte y mercado que muy pocos de los entrevistados, quizás sólo Avelina Lésper, secundarían.

El documental abre con la pregunta qué es el arte, seguida de los titubeos y la enorme dificultad que presentan los expertos a la hora de contestar, provocando que la sala del cine se alce con cierta mofa. Nadie puede imaginar la misma dificultad de definición de la propia disciplina entre científicos naturales, médicos, historiadores... Es cierto que sucedería algo similar entre filósofos, pero la ingenuidad imperante -que no total³- de las respuestas dadas -o, al menos, de las

1 Se pueden ver varias de las preguntas en el trailer del documental, mismo que está publicado en su página de Facebook: Documental “El Espejo del Arte”

2 En este sentido, se agradece que en su página de Facebook también se puedan consultar algunas respuestas completas a la pregunta sobre qué es el arte, las cuales son, en muchos casos, más interesantes que los cortes seleccionados para el documental.

3 Es sin duda Cuauhtémoc Medina la figura que más nos interesa conocer desde una perspectiva crítica del arte, cuya potencia explicativa no tiene espacio en el formato del documental.



respuestas que se nos deja ver- impactan en mayor medida aún a los espectadores legos en arte moderno, que encuentran que no simplemente no son los únicos que no entienden qué es el arte, sino que los expertos tampoco pueden darles una respuesta convincente⁴.

La secuencia de preguntas y respuestas se interrumpe a ratos con algunas reflexiones de Jato, con unos planos medios y enteros de su figura observando obras que se suponen entre ininteligibles y absurdas, y con la exposición de algunos casos polémicos. Allí quedan reflejadas las grandes cifras de las casas de subastas, ciertos recursos mercantiles empleados por Damien Hirts, el reconocimiento del arte como negocio... La dinámica del documental está tan lograda que, llegado el momento, un primer plano recorriendo una obra producida con cable negro y bombillas rojas -disculpe el lector la desmemoria que me impide remitir a autor y título-, hace estallar murmullos socarrones en la sala. Hay que decirlo: mucha gente se ha reído con complicidad durante el estreno de este viernes 16 de mayo en la Cineteca.

Carencias teóricas

Lo que a nosotros, desde el enfoque de la sociología crítica –o desde el marxismo, por qué no decirlo explícitamente en una revista como Los Heraldos- nos debería inquietar acerca de este trabajo es, al menos, -la siguiente pregunta: teniendo en cuenta cómo el documental deja al descubierto

4 En realidad es probable que varios sí pudieran, pero los cortes del documental no tratan de lograr esto.

las dudas, debilidades e inconsistencias de determinados agentes del campo artístico -especialmente la ingenuidad apabullante de varios artistas y el cinismo de galeristas y coleccionistas-, además de casos muy sonados de evidente complicidad entre arte y mercado, ¿cómo de revolucionario, cómo de develador, cómo de crítico es este documental? Y aquí es donde está el problema: poco o apenas nada.

Este proyecto es fruto de las dudas del propio Jato acerca del arte contemporáneo; unas dudas que, como él ha reconocido en las preguntas que le han lanzado los espectadores tras el estreno, se asientan sobre un escaso conocimiento. Y aquí es donde reside el problema: hay una fuerte carencia tanto en el plano de la historia del arte, como de la sociología del arte, como de la teoría de arte -si acaso es pertinente hacer esta división. Como veremos a lo largo de este artículo, de esa carencia teórica se derivan algunas preguntas con unos presupuestos implícitos no problematizados⁵, los cuales

5 El autor ha excusado estas carencias –que de un modo u otro se han hecho evidentes con las críticas de algunos espectadores– diciendo que su intención era la de plantear el debate, no resolverlo. Sin embargo, supongo que estaremos de acuerdo en que, desde la opinión más breve hasta un proyecto que implica varios años de trabajo, como es el caso de este, toda expresión de cierta postura no puede ocultarse proclamándose simplemente como iniciadora de una discusión. Todo debate primigenio –o recentralizado, como es el caso de este– parte de una puesta en cuestión, y toda puesta en cuestión parte de cierta noción de inadecuación, y para terminar, toda noción de “no deber ser” dialoga con un mínimo sentido del “deber ser”. De modo que siempre hay más que un inocente despliegue de un debate.

orientan el debate- como alguien dijo, quien formula la pregunta conoce la mitad de la respuesta. También varias afirmaciones, aunque son escasas por parte de Jato, pecan de excesivo simplismo.

La definición de arte

En primer lugar, Jato da por sentado que es necesaria -y esto implica que es posible- una definición sencilla y unívoca de qué es el arte. No nos queda claro si ésta debería responder a todas las producciones humanas con cierto sentido estético, desde las pinturas rupestres hasta la actualidad o si la pretensión es más acotada. En cualquier caso, la debilidad teórica se evidencia aquí en que Jato reclama una afirmación tajante acerca de un concepto que, claramente desde mediados del siglo XIX, tiene en su definición el principal terreno de disputa ideológica del campo artístico⁶.

Desde el marxismo, pero también desde las sociologías materialistas, buscar la definición de un concepto al margen de sus condiciones de producción tiene un nombre: metafísica. Los presupuestos de esta perspectiva son ahistóricos y eluden las evidencias del

⁶ Esta afirmación se hace pensando en Pierre Bourdieu, y más concretamente: “El mundo del arte es un juego en el cual lo que está en juego es la cuestión de saber quién tiene derecho de decirse artista y, sobre todo, de decir quién es artista. Se trata de una definición que no llega a ser una definición y que tiene el mérito de escapar de la trampa de la definición, sin perder de vista que es ella [la definición de qué es arte] quién está en juego en el campo artístico.” El subrayado es mío. Esta cita está extraída de: Pierre Bourdieu, *El sentido social del gusto: Elementos para una sociología de la cultura*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2013, p. 25.

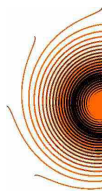
desarrollo del pensamiento durante los dos últimos siglos. Las definiciones sobre el arte han sido uno de los objetivos a quebrar por parte de los artistas, uno de los enfoques dinámicos -no fijos- desde los que legitimar y deslegitimar a otros agentes, una batalla entre bohemia y academia. Las obras de Picasso y otros artistas vanguardistas que en el documental se elogian -y que sería interesante saber si los espectadores las colocan en el marco de su disfrute-, también supusieron rupturas sobre la definición del arte y también se han analizado en su interrelación con el mercado artístico⁷.

Desde la sociología es posible dar una definición del arte, pero ésta debe estar historizada -es decir, anclada a un momento concreto- y es relacional -es decir, está en disputa y redefinición colectiva, por lo que su mera expresión puede ser uno de los alicientes para su transgresión. Para profundizar en lo no expresado por el documental, se recomienda ver las respuestas completas a la pregunta sobre qué es el arte, que están disponibles en su página de Facebook: Documental “El Espejo del Arte”.

El arte verdadero

En segundo lugar y relacionado con el primero, varios supuestos y preguntas se asientan sobre una noción de verdadero arte. Esta concepción está implícita en la de falso artista, falsa obra de arte, estafa... Todo el arte considerado falso es, por definición, distanciado de aquel considerado como

⁷ Por ejemplo, en los últimos capítulos de: Jean Gimpel, *Contra el arte y los artistas o el nacimiento de una nueva religión*, Barcelona, Gedisa, 1979.



verdadero. Sin embargo, esta tarea de teorización que Jato reclamaba desde el inicio -definir qué es el arte (verdadero)-, aquí es meramente intuitiva: es verdadero arte si me lo parece y, si no, no lo es. Así queda legitimado el subjetivismo, mientras que, a la puesta en duda de la ideología dominante, no se le opone ningún planteamiento que pueda subvertirla, sino que simplemente es esquivada y rechazada sin comprender su fundamento.

De modo que una teoría artística espontánea flota en el ambiente. Esta teoría está basada en concepciones del siglo XIX, las cuales chirrían al entrar en contacto con las relaciones mercantiles tan explícitas hoy en día, pero la ausencia de comprensión del presente sólo permite evocar un hipotético -y falso- arte *puro y verdadero*, supuestamente previo a este mercado.

Al no problematizar la producción del arte, no desmitifica cuestiones como el “talento”, siguiendo aquí también la línea de Avelina Lésper. El talento artístico, esa relación social que la teoría idealista tiende a localizar en la naturaleza del sujeto⁸, tiene como fundamento primero de su “concentración exclusiva [...] en algunos individuos y su sofocación en las grandes masas”, la división

8 “Nobleza, buena voluntad, reputación, notoriedad, prestigio, honor, renombre, o hasta un don, talento, inteligencia, cultura, distinción, gusto, tantas proyecciones de creencia colectiva que la creencia cree que descubre en la naturaleza de sus objetos.” En: Bourdieu, *Las estrategias de reproducción social*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2011, p. 209.

social del trabajo⁹. Lo que ocurre es que Jato acepta acriticamente la producción artística hasta mediados de siglo XX, y se encuentra desamparado en su observación del presente. Positivamente inquieto, pero desamparado a nivel teórico.

La producción social del arte

En tercer lugar, hay un momento muy llamativo del documental. Me refiero a cuando uno de los entrevistados hace explícito que la producción artística no depende sólo del artista, sino que hay todo un entramado productivo que incluye a varios agentes, entre los cuales, los curadores -el entrevistado que explicaba esto era curador, de ahí el énfasis- juegan un papel importante. Jato se sorprende, rebobina la respuesta y el sujeto la repite mientras el director cuestiona su pertinencia. Esta puesta en duda es muestra de otra carencia teórica, la cual se puede empezar a rellenar sólo con el título del excelente repaso a la sociología de la literatura -y, por extensión, a otras artes- que es el libro de Janet Wolff, titulado “La producción social del arte”.

En este libro se evidencia cómo el autor no es el *productor* de la obra literaria; la producción concierne a otros agentes que determinan su resultado final. Bourdieu también expresa en “Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario”, las carencias analíticas de enfocar un estudio cultural sólo sobre los que parecen los productores inmediatos, dejando de lado las mediaciones con otros agentes.

9 Marx y Engels, *Cuestiones de arte y literatura*, Barcelona, Península, 1975, pp. 195-197

Por poner un ejemplo mexicano, se puede pensar en las galerías como los espacios desde los que la generación de la ruptura expuso, afianzó y, finalmente, hegemonizó su perspectiva sobre el arte, por lo que acordamos que no es posible pensar en los artistas de esta generación sin tener en cuenta a los galeristas, pero ¿de dónde salen los galeristas? Tratar de analizar las prácticas y relaciones jerarquizadas entre los diferentes agentes, y esto en relación con el conjunto de la sociedad, es lo que permite entender la producción artística. De ahí que esta producción, lejos de las nociones individualistas, sea social.

Algún mito

En cuarto lugar, y siendo un detalle de menor importancia, Jato ahonda en el mito de Van Gogh como pintor incomprendido y rechazado, que murió en el olvido con una sola obra vendida, mientras ahora varias de sus pinturas se encuentran entre las más caras del mundo. Podemos aprovechar este espacio para desmitificar esta historia desde Lourdes Méndez, la cual lo devela en “Antropología del campo artístico: del arte primitivo al contemporáneo”. En realidad, Van Gogh recibió elogios casi unánimes de especialistas de su época, obtuvo el reconocimiento y la admiración de los autores en lucha contra la academia –la relación más conocida es la que tuvo con Gauguin–, y vendió una sola obra en vida, pero únicamente llevaba dos años exponiendo¹⁰.

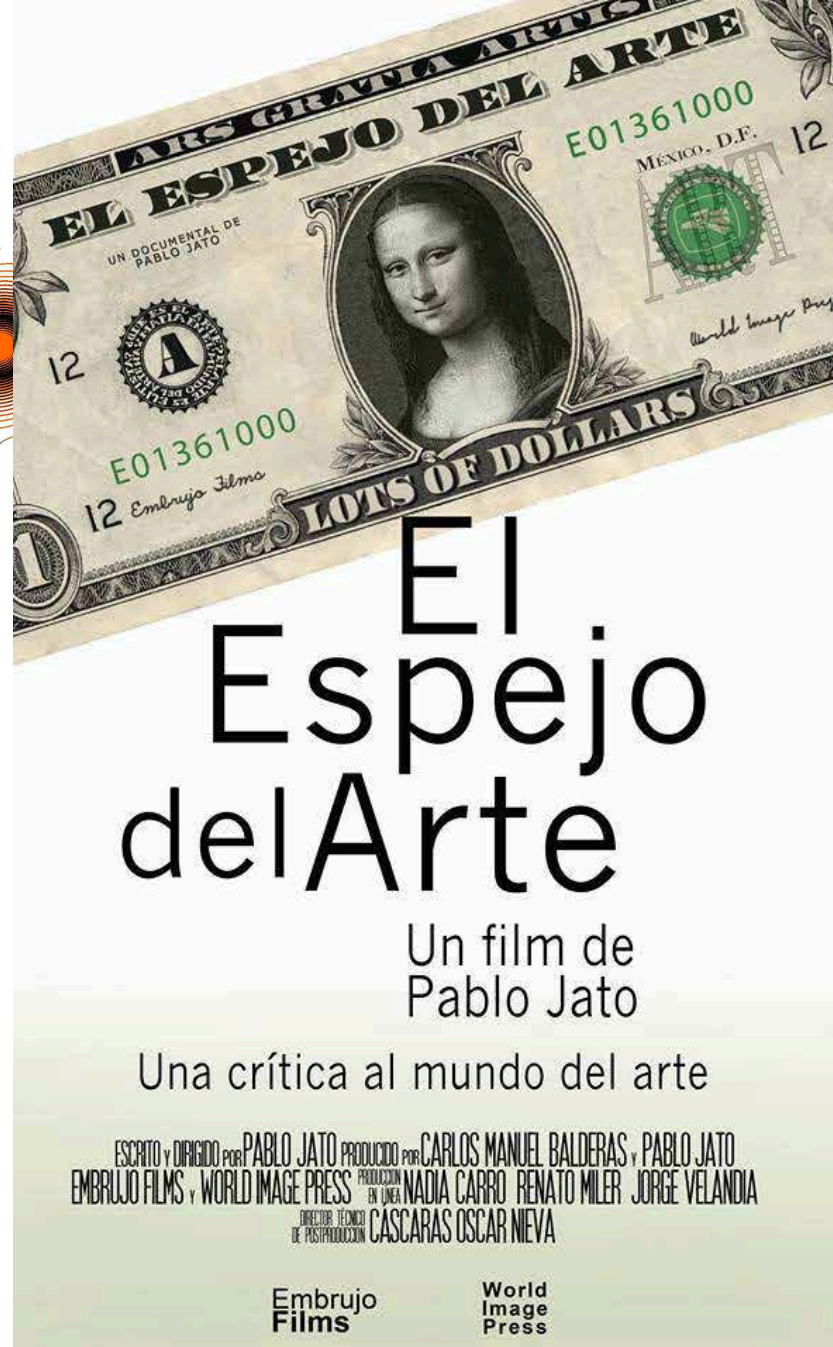
Conclusión

10 Lourdes Méndez, *Antropología del campo artístico: del arte primitivo al contemporáneo*, Madrid, Síntesis, 2009, pp.164-165.

Podemos reconocer un intento de parte de Jato por tratar de desenmascarar el modelo artístico vigente, pero encontramos ciertas carencias teóricas que le impiden lograr una postura rigurosa, amplia y profunda sobre esta problemática. A lo largo del documental cobran protagonismo las simples y tajantes afirmaciones de Avelina Lésper sobre el arte contemporáneo; es ella la que queda como adalid del arte (“verdadero”), dada la construcción de discursos fragmentados e hilados desde una perspectiva poco exhaustiva, e intercalados con sus aseveraciones. Las afirmaciones de Lésper se articulan en una ideología que – hasta donde sé, la vamos a bautizar aquí en el mundo del arte– podríamos denominarla como populista reaccionaria, ya que recurre a una crítica simple de la mercantilización –recogiendo un descontento generalizado y legítimo– y a esto le opone una noción de arte protomoderna y pseudomítica que ignora todo lo que, a pesar del mercado –o por la forma que ha tomado con él– el arte contemporáneo nos ha revelado. Además, su apelación a artistas y público para transformar el arte es completamente idealista, sin sustento alguno.

En la edición de textos de Lenin preparada por Miguel Lendinez y titulada “Sobre arte y literatura”, se recoge un momento en el que Lunacharsky –Comisario del Pueblo de Educación de la URSS– entra corriendo en el despacho de Lenin para comunicarle que los artistas del Proletkult se dirigen a quemar el Teatro Alejandro por considerarlo espacio del arte burgués. El líder bolchevique le pregunta su opinión a Lunacharski y éste





totalidad, y que hay que debatir la misma apertura del debate. La lección más clara es la necesidad de la teoría: sin llevarla a su máximo desarrollo es imposible una disputa por la hegemonía.

LOS HERALDOS NEGROS

contesta que el arte nuevo, nacido a partir de la revolución, debe espolear al arte viejo y obligarlo a transformarse, pero que no puede destruir el arte burgués ni acaparar espacios; deben recoger lo mejor de su herencia y superarlo.

No es esta noción dialéctica, matizada y compleja la que se construye –porque la yuxtaposición de discursos fragmentados de veras construye– en el documental de Jato. Podemos decir que este proyecto puede ser interesante a costa de no creérselo en su

Escribir para transformar



Narrativa

La noche

Por Izar Iraultza

La noche caía sobre sus hombros. Un recuerdo recorrió con rapidez su mente. Se estremeció. Su cuerpo quedó inmóvil. La oscuridad se aproximaba cada vez más. Una lágrima descendió con melancolía por su rostro. Un hombre caía al vacío. El mundo también lo hacía. Un niño le recitaba un poema al oído. Escuchó sus almas cantar. Vio con tristeza su entorno. Recordó el sol sobre sus labios. La intensa luz la abrazaba. Se imaginó feliz un instante en un jardín extenso. Otra lágrima golpeó el piso. Si tan sólo ella estuviera aquí. Un suspiro sigue a otro hasta el infinito. La noche cayó por completo con violencia.

Minificciones

Por Jorge Meneses

Persecución

Asustado, despertó bruscamente y descubrió que el monstruo estaba al pie de su cama, dispuesto a concluir la pesadilla.

Promoción

Le clavó los colmillos luego de hacerle ardientemente el amor. Dos muertes en una sola.

Enjaulado

En cuanto abrí el cajón me detectó, gruñó y me mostró el brillo de su largo colmillo. Lleno de ira, se arrojó contra mí dispuesto a matarme. Los cuchillos siguen sin tolerar la invasión a la privacidad.

Papiroflexia

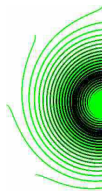
Uno, dos, tres dobleces. El hombre falla y refunfuña. Fastidiado desdobra la hoja de papel y comienza de nuevo.

Uno, dos, tres dobleces. Vuelve a fallar y a refunfuñar, pero ya tiene encima las miradas de todos los que vamos en el vagón; da una honda inhalación; trata de relajarse; desdobra la hoja de papel y otra vez: Uno, dos, tres dobleces... No falla. Ensimismado, continúa luego del último dobléz hecho.

De dobleces posteriores surge una cola; después unas alas; en otros más aparece la cabeza. El hombre sonrío. Continúa doblando la hoja de papel hasta que aparece un dragoncito. Orgulloso, el hombre mira su obra y entonces nos deshacemos en aplausos y vivas. El hombre nos mira y hace una honda reverencia.

El metro entra en un túnel y se hace la oscuridad.

—Quémalos a todos —ordena el hombre al dragoncito de papel.



Golpes de la vida

Por Teresa Araceli Huerta Ortega

(*Cuento finalista en el I Concurso de Cuento de Los Heraldos Negros)

Adriana esperaba, sentada en el piso de su celda, a que la vida ejecutase su siguiente jugada. Una jugada que estaba segura, no sería para nada limpia. Antaño, Adriana había creído en muchas cosas, incluso en esas estupideces que proclamaban que el universo estaba a favor suyo, que la vida sólo deseaba su total plenitud y felicidad. Por ello, cuando aceptó acompañar a Elisa a aquella marcha, creyó que todo iría bien, que aunque estarían bajo el ardiente sol durante toda la mañana, acabarían después riéndose de cualquier cosa, sentadas a resguardo del calor en una heladería.

Por eso, cuando el caos se desató y los disparos retumbaron en todas direcciones, Adriana creyó que estaba teniendo una maldita pesadilla, de la cual despertaría en cuanto su reloj sonase estrepitosamente. Pero el puñetero reloj no sonó, y la pesadilla, tampoco cesó. En ese momento y a una velocidad pasmosa, Adriana comprendió que todas aquellas sandeces sobre el universo y su perpetua felicidad eran mentira. Entendió, con horror y desolación, que la vida también daba golpes, y que fuera cual fuese el Dios que había en las alturas, permanecía impasible, sordo a los gritos de los estudiantes, así como permanecieron los ciudadanos a su alrededor, demasiado preocupados por esconderse o desviar las miradas.

Sin embargo, la desilusión y el espanto no fueron las únicas bofetadas que Adriana recibió. Con los ojos vendados y las manos amarradas a la espalda, Adriana fue víctima de sendas palizas que le amorataron los costados y le deformaron la faz. Recibió, también, la peor cogida que le habían dado desde que tenía dieciséis, porque la vida, cabrona como era, la había confundido con una puta.

Pero Adriana no era una puta, como tampoco lo era Elisa. Si al menos les hubieran explicado qué ocurría, en dónde estaba su gran pecado, porque ellas no habían hecho nada malo, salvo acudir a una marcha para evitar que a Elisa le dieran de baja. Entonces, ¿por qué aquellos hombres les pegaban y las violaban? ¿Por qué Dios se mantenía al margen, como si las odiara? ¿Por qué la gente que lo vio todo no hizo nada? ¿Por qué, si la vida confabulaba por su bienestar, permitía que las ultrajaran de aquella manera?

Adriana se dormía con estas interrogantes, y despertaba repitiéndose que ella era una buena persona. Conforme los días pasaban, su convicción mermaba poco a poco, y su esperanza, agonizaba. De pronto se llevaron a Elisa, y Adriana lloró y gritó como si le

hubieran arrancado un brazo, porque hasta ahora Elisa era la única compañía amable con la que contaba. Intentó convencerse de que regresaría, de que los hombres se la habían llevado únicamente para satisfacer sus perversiones, pero con cada minuto que se desgranaba en su reloj de muñeca, Adriana perdía la fe.

Se preguntó por qué los hombres le habían dejado conservar el reloj, y concluyó que estaban aliados con la perra vida, gustosos de que sufriera sin descanso, y de torturarla no sólo a base de chingadazos, sino también, de la desesperación. Porque no existía peor castigo que la espera, la incertidumbre de no saber qué vendrá a continuación, en especial, si de antemano se sabe que no será nada bueno. Así que Adriana lloraba a cada minuto, llamaba a Elisa a voz en grito, hasta que uno de sus captores golpeó la puerta con un puño y le vociferó que se callase, por lo que Adriana optó por acurrucarse y sollozar en silencio.

Se durmió y volvió a despertar, y cuando finalmente se incorporó, no supo cuántos días habían pasado, o si había transcurrido un día, o sólo un par de horas. Estaba cuestionándose esto, cuando vinieron a buscarla, y por quincuagésima vez le vendaron los ojos y le ataron las muñecas. A trompicones, magullada, apestando a orina y excrementos, Adriana salió de su celda, conducida por los hombres a través de un largo pasillo.

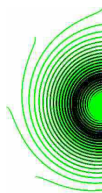
—¿A dónde vamos? —preguntó con voz rota y temblorosa.

Pero el hombre que caminaba a su espalda le dio un fuerte golpetazo, el cual se agregó a la colección de madrazos que ya tenía, y que le cortó la respiración. Se abstuvo de hacer más comentarios hasta que por fin se detuvieron, con brusquedad la lanzaron a una nueva estancia, antes de liberarle los ojos y las manos de obstáculos.

No obstante, la nariz de Adriana fue mucho más rápida, captando casi al instante el olor intenso y dulzón. Parpadeó, porque en esa nueva celda había una luz que deslumbraba, y hacía mucho que los ojos de Adriana no captaban la más mínima claridad.

Entonces, lo vio. Era una cosa, una cosa tremenda, una pelmaza de carne y músculos, un guiñapo morado y carmín, por el que se expandían mordiscos y diversos tajos, por el que se atisbaba una mano, un pie y un seno como reventado. Pero no, no era un pecho, aquello no podía ser un pecho, debía ser una fruta madura exprimida, sí, una manzana que explota al caer del árbol. Adriana recorrió la cosa con la mirada, hasta tropezar con unos ojos que conocía bien, porque los había visto desde que tenía seis años, desde que entrase a la primaria «Benito Juárez.»

Eran los ojos de Elisa.



Algo en Adriana se rompió, abrió una zanja oscura dentro de ella, por debajo de la piel, de los hematomas y la costilla rota, porque aunque era fuerte y había aguantado un montón de cosas, aquello simplemente la sobrepasó. Balbuceó algo inteligible y retrocedió unos pasos, aturdida y conmocionada por el nuevo golpe que la vida le había propinado. Hondo, llameante, el dolor que sentía en su interior la hizo caer de rodillas y vomitar, bilis y agua esparciéndose por el piso, hasta llegar al irreconocible cuerpo de Elisa.

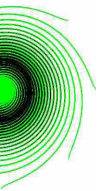
Rompió a llorar, culpable por haber manchado el cuerpo de su compañera, furiosa por las risas que se oían al otro lado de la puerta. Tuvo otra arcada y vomitó de nuevo, procurando hacerlo esta vez al lado contrario, para no salpicar a Elisa. Hipó, se ahogó en sus lágrimas y volvió a hipar, sintiendo que entre más inspiraba, menos aire se filtraba en sus pulmones. Muerta, Elisa estaba muerta, y Adriana no había podido hacer nada para evitarlo. Chilló, tiró de su enmarañada melena y le arrancó gruesos mechones, que fueron a mezclarse con la porquería que ella misma había expulsado. Le hubiese gustado arrancarse a tiras la piel, y abrigar con ella el cuerpo helado de Elisa, pero sólo pudo gatear hasta ella y acunar su cabeza entre las manos.

Besó su frente con infinita ternura, porque eso era lo que se merecía de la vida, un

beso y no un puñetazo, no un mordisco ni una cuchillada. Su Elisa, su adorada Elisa, la que le había enseñado a jugar matatena, la que compartía sus dulces preferidos y que amaba el cine, la música y los libros; la que siempre tenía una sonrisa para el compungido, la que la tomaba de la mano y le había regalado su primer beso. Elisa, picante y dulce a la vez, audaz y tierna en la cama, convertida en una burla y una blasfemia de todo lo que fuese en el pasado.

—Cierra los ojitos, mi dulce angelito, que ya es la hora de dormir... —tarareó Adriana en un hilo de voz, meciendo su cuerpo atrás y adelante, mientras con una mano acariciaba el cabello de Elisa—. Buenas noches, hasta mañana, que Juan pestañas ya va a dormir...

Y así, cantando una nana Adriana se perdió, se refugió tras las melódicas puertas de la música, porque era lo que Elisa hubiera



querido, que fuera feliz. Recordó a su madre, a su padre, el sabor cremoso y explosivo del helado de chocolate con cereza, y la luz de luna que se filtraba por su ventana la última noche en la que ella y Elisa hicieron el amor. Por ello, cuando el heraldo de la muerte acudió a su encuentro no lo notó, no vio cómo alzaba la mano y tiraba del gatillo, cómo la bala viajaba hacia ella de forma inexorable y le abría un agujero en la sien.

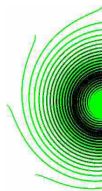
Adriana cayó hacia delante, su boca entreabierta reposó justo en medio de ambos senos de Elisa, en una pose obscenamente erótica. Del orificio en su sien se escurrió un denso hilillo de sangre, un filamento escarlata que se deslizó hacia las botas de los dos matones, como una lengua sanguinolenta que busca lamerles los pies. Asqueado, pero guardando las apariencias lo mejor que pudo, el heraldo negro se apartó de su trayectoria como descuidadamente, como un niño mimado que detestase la idea de ensuciarse los zapatos.

—¿Ha estado de puta madre, eh? —le comentó su compañero con aire de complicidad y una sonrisa hilarante, vestido de negro igual que él.

Juan Carlos, a quien apodaban el heraldo negro de la muerte, asintió con vaguedad. Era el encargado de rematar a todos los estudiantes a los que les había llegado la hora, pero y, no sabía por qué, aquella muchacha había sido diferente.

Quizá, porque le recordaba que existían cosas peores que morir.

Ilustración: Héctor Mateo García



Conocimiento

Por Por José Alberto García Lozano
(*Cuento finalista en el I Concurso de Cuento de Los Heraldos Negros)

Fue un error dejar el calor para salir a buscarla. Volvió a ponerse las ropas que hacía pocos minutos acababa de quitarse. Salió de casa y se expuso al frío, a la noche, a una ciudad que no quiere a sus habitantes.

—Si existiera la lámpara maravillosa y el genio que habita en ella, ¿qué deseo le pedirías?

—Le había preguntado en alguna ocasión a Rebeca.

—El conocimiento total.

—¿De verdad? Es una carga demasiado difícil de llevar. No querría saber todo de todos, ni siquiera de mí mismo.

Si por lo menos pudiéramos optar, pero una vez que se llega a la certeza, ésta permanece. El ignorante puede ser redimido con el conocimiento, pero el enterado no puede eludir la verdad, no puede olvidarse de ella y regresar al estadio anterior.

Con el calentón encendido, todavía podía notar lo frío del ambiente. Tenía que cubrirse muy bien y aún así, lo sabía por experiencia, la temperatura lo seguiría perturbando, condicionaría sus movimientos: dividiría sus acciones entre las voluntarias y las instintivas por procurarse un poco de calor. Frotaría sus manos en cada semáforo en rojo, sin habérselo propuesto. Buscaría quizá una taza de café al regreso. Se desvestiría nuevamente de forma rápida enfrente del fuego. Cuando la habitación y las cobijas se encontraran medianamente cálidas, se levantaría a cerrar el suministro de gas del aparato y regresaría corriendo a la cama. Las muertes por envenenamiento a causa del monóxido en invierno eran un buen recordatorio.

Los rituales a que lo obligó el inclemente clima debieron ser suficientes para mantenerlo en casa, abrigado. Pero algo peor que el frío motivaba sus actos. Algo que no era capaz de defender con argumentos. Él, que opinaba que la verdad estaba sobrevalorada, abandonaba ahora lo concreto de un poco de calor por la posibilidad de una dudosa y escurridiza verdad. ¿Qué haría con la verdad en caso de encontrarla?

Puso en marcha el auto y esperó a que el motor se calentara. La noche afuera era mucho más fría de lo que había calculado. Enfrentar una ciudad vacía le daba la impresión de haber salido a buscar vida a cualquier precio. Recordó la opinión de un amigo: “se necesita una pareja aunque sólo sea para pelear. Hasta una buena riña sienta mejor que la soledad”.

Recorrió las calles desiertas como un autómata. Quizá el estéreo del auto reprodujera alguna canción, pero él era incapaz de notarlo. Debió esforzarse para advertir las luces rojas de los semáforos, en los que hizo alto por costumbre. Era inútil, ya que ningún otro carro, en ningún sentido, esperaba la luz verde. Podría decirse que incluso él aguardaba a que cualquier suceso lo obligara a regresar. Hizo este recorrido como cumpliendo una orden, una obligación, un deber que no atinaba a decir de dónde procedía.

Su instinto se activó cuando arribó a la calle Buenaventura. Llevaba ese nombre tatuado en las neuronas. Hizo intentos por olvidar pero siempre regresaba un susurro que le decía: “Buenaventura y Dicha, ahí hicimos el amor por primera vez, en su auto. Y me gustó. No encontré gran diferencia entre él y tú”.

La insistencia había sido suya. La convenció de una extraña prerrogativa por platicarle la verdad. Y ella, ahora lo creía así, había aprovechado esa oportunidad. Todos ejercemos el arte de los rejoneadores en condiciones adecuadas. Notó un hielo en sus ojos que también recordaba. Un frío para el que no existían mantas ni calentones de gas.

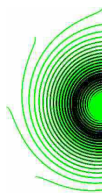
Jonhy, después de su viaje a Alaska le platicó: “Ahí, la temperatura te asesina en quince minutos. Debes ser listo para sobrevivir, y fuerte. En todo sentido, físico y mental. También necesitas estrategias. En el invierno, cuando el sol aparece tal vez sólo una hora, es preciso salir a tomarlo. La falta de sol te deprime. Hay pandillas de adolescentes esquimales que se suicidan en grupo. Es posible volver a calentarte físicamente, pero una vez que has sentido frío, tu cuerpo no lo olvida, y aunque te encuentres ya en un lugar más caliente y no corras peligro de morir congelado, el miedo se instaura para siempre”.

Y eso le había pasado desde las confesiones y la impavidez de ella. Ahora su ser recordaba sin necesitar de la colaboración de su conciencia, el cruce preciso de las calles; el tipo de auto; los árboles que nunca había visto pero que en cuánto vio, supo que de ellos se trataba. Sobre todo sus ojos y una casi imperceptible mueca de placer. La soberbia de una buena estocada, más altiva porque se había producido sin alharacas.

No encontró nada. Pasó a baja velocidad junto a los autos donde creyó notar siluetas afanadas en el amor. Vahó que no existía. Movimientos que lo ponían alerta.

Su grado de excitación ya era prolongado para esta hora. Había comenzado mucho antes, cuando, casi incapaz de permanecer en la posada de la oficina, pensaba en lo bien que hubiera estado que ella aceptara pasar la noche con él. Que escapara, a su vez, de su propia fiesta de Navidad con sus compañeros de trabajo; del trámite del intercambio de regalos y de la predecible cena con tamales y champurrado.

De cuando en cuando, una necesidad surgida de muchos años de convivencia los urgía a encontrarse una vez más. Las mentes de ambos claudicaban ante la atracción que aún experimentaban sus cuerpos. Y por poco, sonaban a mentira las palabras “ahí hicimos el



amor por primera vez, en su auto. Y me gustó. No encontré gran diferencia entre él y tú”.

Pero esta no era una de esas noches. Esta era la noche en que él deambuló las calles y sólo encontró visiones, fantasmas resistentes al clima.

Hacía más de media hora que había salido de casa. Titiritaba. Había olvidado prender la calefacción del auto. Sus pensamientos no eran convocados por él. Recibió una orden a la que no objetó y condujo con destino a la casa de Rebeca. Cuando se dio cuenta del rumbo en que conducía, su respiración se agitó. Sus manos sudaron y una especie de renovado hielo se introdujo en su espina dorsal. Una anestesia. Sus ojos enrojecieron como al efecto de un insecticida esparcido por accidente cerca de él.

Pasó la casa que ella habitaba como pretendiendo nunca haber pasado por ahí. Rehuía mirar pero miró: nada fuera de lo común, una pareja que en medio de la negrura de la noche parecía más luminosa. Una pareja que recibía los reflectores que deben recibir todas

las parejas que se aman.

Que parecen hacer cierto el mandato: brille tu luz en la oscuridad. Una pareja, que como dice Silvio, hacía pensar que siempre el cariño nos sale tan bien.

Hubiera gritado pero no gritó. Ni siquiera estaba seguro de haber visto lo que vio. O de si se trataba de ella.

Hasta aquí, él no había conducido el auto, era el auto quien lo había conducido a él, y el auto no había decidido pararse, de manera que continuó su marcha. Ahora, hizo un esfuerzo por llevar las riendas pero el animal inquieto, herido que habitaba en su pecho no era capaz de



escuchar una palabra de consuelo.

Dio una vuelta a la manzana a lenta velocidad. Se estacionó a escasos metros de la pareja que se prodigaba caricias, besos. No pudieron escuchar el auto pero al instante Rebeca volteó. Lucio descendió sin apagar el motor. Desenfundó la pistola que había sido parte de su abrigo cuando se preparaba a salir de casa. De un puñetazo derribó al hombre y con la cachapa de la pistola golpeó el mentón de la mujer. Al verlos tendidos en el piso, indefensos, cortó cartucho y puso el cañón en la sien de ella. Luces rojas y azules a intervalos providencialmente dieron vuelta en la esquina. Cuatro policías corrieron hacia la escena y distinguieron al que portaba el arma.

—Lucio, detente.

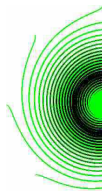
Dudó. Sus compañeros se acercaron y le quitaron el arma.

—¿Qué traes, Lucio?, cálmate —le dijo uno de ellos.

—Ya, tranquilo, carnal —le expresó otro al momento en que lo abrazaba, y Lucio se deshizo de las últimas armas que le quedaban. Lloró y lo quiso hacer en silencio, pero ruidosos suspiros y sobresaltos lo traicionaban. Todo en esa noche era traición para él: el frío, su ex esposa, sus recuerdos, el infortunado momento en que decidió salir, su propio cuerpo.

Una demanda legal de parte de Rebeca le prohíbe acercarse a la casa de la que, de todas formas, quisiera olvidar el camino. Dos noches de cárcel, una fianza de diez mil pesos y un curso de re educación impartido cada semana, por 29 consecutivas. Allí aprendió que para muchos, sólo es un eslabón más, un producto esperado en una sociedad desigual. Un asunto de cara o cruz donde la moneda siempre cae de cara; donde los hombres apuestan a ésta y son ellos mismos quienes lanzan el volado. Para él, sólo se trata de un animal que ni sabía que existiera; una fiera que ahora duerme, sin resignarse a ser domesticada. Una alimaña que él mismo se encargaría de matar...si pudiera.

Ilustración: Héctor Mateo García

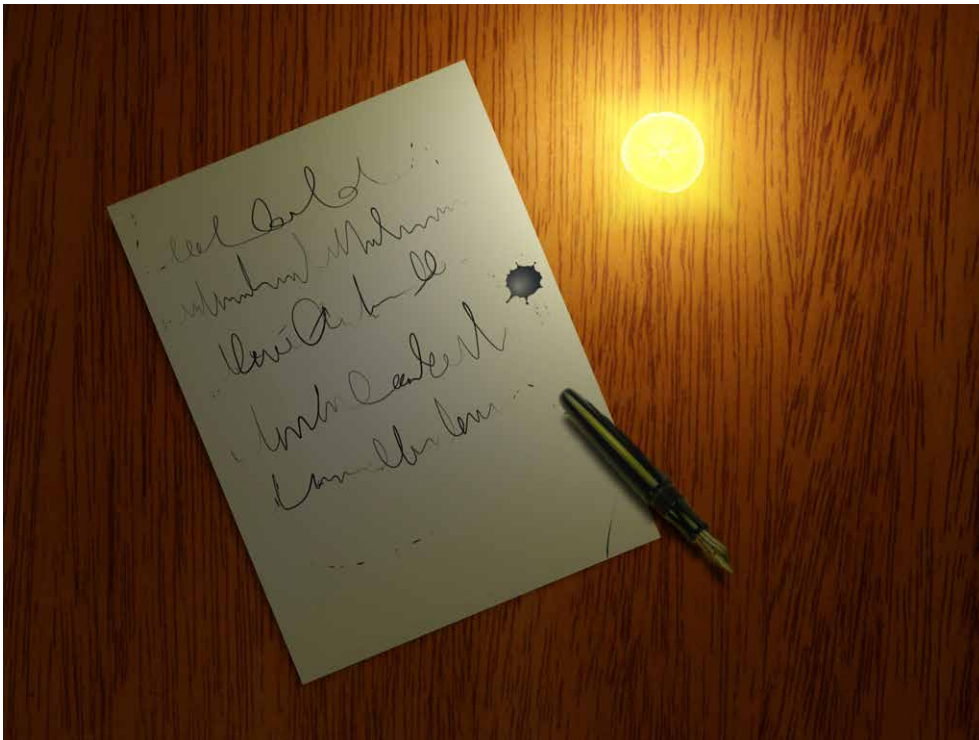


La pluma y el papel

Por Ilargi Zweig

La vela parpadea con el vaivén del viento, se mueve y es inconstante, por momentos ilumina las manos maltratadas del escritor o alumbra sus trazos imperfectos en un papel desgastado y amarillento. La vela se esfuerza por permanecer despierta hasta que el hombre termine su tarea, la cual ha sido áspera y larga. Sólo la noche otorga esa calma necesaria para escribirle a su amada, para escribirle la carta más humana que jamás podrá volver a escribir. Los trazos reflejan su inseguridad y se esparcen por el papel. Los nervios hacen sudar sus manos y la tinta mancha la superficie. Sus pensamientos son tan fuertes que para expresarse completamente harían falta miles de pliegos y velas. Pero no, no hay tiempo. Sólo dispone de esa noche. Destruye el primer borrador y así sucesivamente. La mañana se acerca. El cansancio es parte de su cuerpo marchito y triste. El sol se asoma y el escritor por fin termina su labor titánica. La vela todavía sirve para quemar ese pliego de sentimientos e imágenes nostálgicas, de confesiones ocultas y sublimes. Porque el escritor sabe que ya cualquier esfuerzo será inútil, tan pronto como el sol destruya la noche, su amada habrá partido y ni esa carta ni ninguna otra súplica la harán cambiar de opinión. Se da cuenta de cuán ridículo es y apaga la vela. Esa mañana será su última mañana, así como esa fue su última noche, y su última carta y su última vela. El escritor no existe más.

Ilustración: Héctor Mateo García



[sección]

Construyendo



poesía

Roto

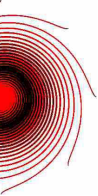
Por Raşkelnikov

¿Qué se siente estar hecho pedazos,
quebrado, roto en pocas palabras?

No sobran razones para encontrarse así, sin encontrarse.
Hasta la situación más sencilla y sin sentido sirve para ahogarse
uno mismo,
vaya a saber cada quién sus gustos y sus traumas
y la buena o mala razón de sus desgracias.

Como el estar de pronto desafinado,
con la cuerda reventada y la canción desversada.
Peor aún el sentirse quebrantado,
incluso, entre el calor de una morena de piel acorazada.
Qué más jodido que tener sólo restos en el cenicero,
con la pluma cuarteada, sin ideas.
O como poseer todavía la flaca firmeza
con el rostro contra la tierra y la huelga vencida.

Somos muchos y de distinta naturaleza:
Los hay quienes están quebrados por dinero.
Los hay quienes la sociedad los partió y desterró.
Hay otros, entre los románticos, que están rotos de amor,
o que por desamor se están rompiendo.
Pero también los hay quienes simplemente están rotos,



así nacieron, con el maldito destino entre los hombros,
que rotos y rotas sus esperanzas siguen vivos y siguen
muertos.

¿Que qué se siente estar roto?
Eso depende del por qué lo estás,
de si amaste a la morena,
de si escalaste entre tus versos,
de si reventaste tu puño contra el cielo,
de si te relegaste con los demás desheredados.
Depende, sobre todo, del por qué no quieres estarlo
quizá eso duela más que no estar completo.



Tú en mí

Por Belén Corona M.

Mi entrepierna nadaba en un río alborotado, provocándome
tú en mis pensamientos

La velocidad que tomarías por mi pendiente pronunciada.

Te pensaba divirtiéndote recorriendo el río cuesta abajo,
Queriendo llegar a lo profundo, cual victoria ansiosa de
celebrar la expedición triunfante.

Te pensaba saliendo del río empapado conjugado de dos
aguas,

 Mi río alimentado por tu lluvia.

Te pensaba y dejaba en mi imaginario lo que pudo haber
 sido,

 Si el miedo no te hubiera inundado el alma.

Esperaba con ansias el día en que mis pensamientos se
 hicieran realidad,

 Tú nadando en mi río tan creciente por las noches.

Junto a ti esperé mucho, mi alma se envenenó y el río se fue
 secando.

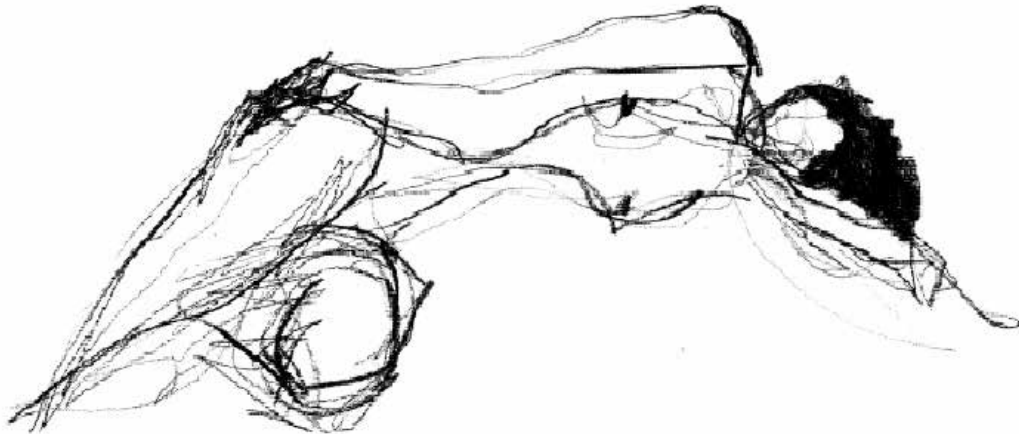
Mis largas noches de espera finalizaron dándote la espalda.



Ilustración: Héctor Mateo García

En el principio...(*)

Daniel Rivera y Laura Bustamante



(*)Daniel Rivera (Textos), Laura Bustamante (ilustraciones,)*Lunas de Venus, Soles de Marte*, Buenos Aires, Bella Vista, 2015, p. 9 (Reproducido con autorización de los autores)

En el principio
fue la palabra...
Después vinieron
los trazos divinos,
los mares de colores.
Al quinto día
la tela ya era pura vida.
Éramos la palabra
fundida en los cuerpos.

